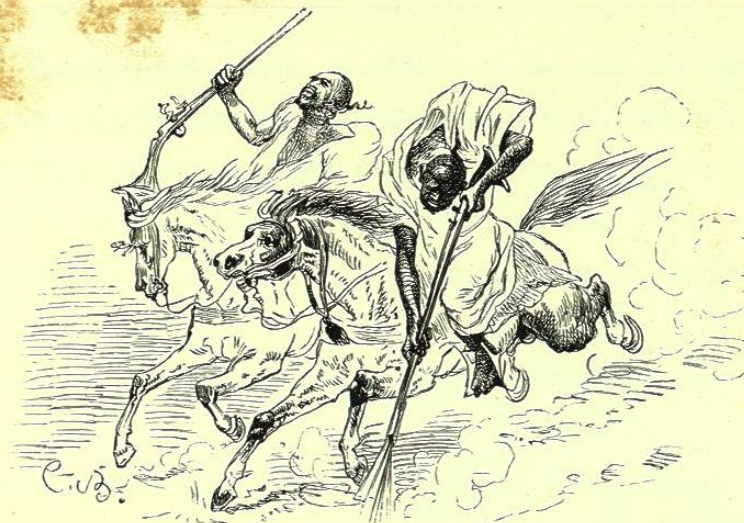


El embajador preguntó el por qué de semejante resolución.

—Es que, — contestó Sidi-Abd-Alá, frunciendo sus pobladas cejas, — mi casa no está segura.

—¡Qué ha de estar!— pensamos nosotros.—Á dos millas de distancia ¿cómo se vigila? ¡Cuidado si ha de ser ocupación deliciosa la de gobernar á los de Beni-Hassen!

El embajador consintió. Sidi-Abd-Alá tomóle la mano y estrechósele contra el pecho con enérgica expresión de gratitud. Después de esto volvió grupas, y aquella abigarrada turba, andrajosa y terrible, lanzó sus caballos á escape tendido, de suerte que al cabo de breves instantes sólo se distinguía una nubecilla de polvo en el más remoto confín del horizonte.



Los dos hermanos

## SIDI-HASSEN

LA provincia en que iba á penetrar la caravana constituía una especie de colonia, distribuída entre un gran número de familias de soldados, en cada una de las cuales el servicio militar es obligatorio para todos los hijos varones, de suerte que, si así cabe decirlo, todos los hijos nacen soldados, sirven como pueden, desde la infancia, y reciben un sueldo fijo, aun antes de hallarse en disposición de manejar la espingarda. Además, estas familias militares se hallan exentas de contribuciones, y su propiedad es inalienable en tanto existen varones en la familia. Con semejantes condiciones constituyen una milicia regular y fiel, con auxilio de la cual, según la expresión del país, el gobierno puede *devorar* tranquilamente cualquiera provincia rebelde,

sin temor de que se le vuelva la criada respondona, y hasta podría decirse de ella que es un ejército de ejecutores, que produce al gobierno más de lo que le cuesta, toda vez que en Marruecos los soldados sirven especialmente á la Hacienda, constituyendo el sable la rueda principal de la máquina administrativa.

Apenas hubimos salvado los límites de los Beni-Hassen, descubrimos á lo lejos un escuadrón de jinetes que á galope tendido se dirigían á nuestro encuentro, precedidos de uno que llevaba un estandarte verde.

¡Caso raro! Marchaban formados en dos extensas filas, una detrás de la otra, con sus jefes al frente.

Cuando se hallaron á veinte pasos de nosotros se detuvieron repentinamente y todos al par.

Su comandante, anciano venerable de luenga barba blanca, de benévolo semblante y de turbante elevadísimo, alargó la mano al embajador, diciéndole:

—¡Bienvenido seáis, bienvenido seáis!

Y luego, dirigiéndose á nosotros, añadió:

—¡Bien venidos, bien venidos, bien venidos!

Continuamos el viaje.

Los nuevos jinetes eran muy distintos de los de Beni-Hassen. Sus trajes estaban más bien cuidados y más relucientes sus armas: casi todos llevaban botas amarillas pespunteadas de rojo, capa azul, caftán blanco, cinturón verde y gumía con puño de asta de rinoceronte. Muchos de ellos eran viejos; pero de aquellos viejos petrificados para los cuales parece que haya ya comenzado la eternidad. En cambio los había extraordinariamente jóvenes, dos en especial, niños de unos diez años, bellos, rebosando vida, que nos contemplaban sonriendo, cual si hubiesen querido decirnos:

—¡Toma! ¡Pues no tenéis las caras patibularias que habíamos imaginado!

Había un viejo negro, de tan descomunal estatura, que si hubiese sacado los pies de los estribos, habría casi rozado el suelo con ellos. Uno de los oficiales usaba pantalón.

Después de media hora de camino, encontramos otro grupo con bandera roja, igualmente mandado por un jefe anciano, que se unió al primero, y paulatinamente, sin interrumpir por esto nuestra marcha, fuimos encontrando otros grupos de cuatro, de ocho, de quince jinetes, cada cual con su respectivo estandarte, que fueron engrosando la escolta.

Cuando ésta se hubo completado, comenzaron las acostumbradas carreras.



Ejercicio de dos jinetes

Vefase bien que eran soldados de un ejército regular en el modo como se agrupaban y dispersaban, de una manera completamente distinta de lo que hasta entonces habíamos visto. Realizaban una maniobra diferente y que consistía en adelantarse uno á todo escape, é inmediatamente se lanzaba otro en su persecución á todo el correr de su caballo. En un momento dado, incorporábase el primero sobre los estribos, volvía la cabeza hacia atrás, y disparaba la espingarda contra el pecho del que le seguía, y éste en el mismo instante le descerrajaba un tiro en el costado, de suerte que á llevar las armas cargadas con bala, por fuerza habían de caer ambos á dos de las sillas en un instante, muertos ó por lo menos mortalmente heridos.

Á uno de la escolta cayósele el caballo cuando corría á todo escape, con lo cual saltó el jinete por las orejas, con tal fuerza y á tal distancia que por un momento llegamos á temer que se habría hecho pedazos: nada menos que esto; apenas llegó al suelo, volvió á levantarse; montó en seguida, y tornó á las andadas más animoso y endiablado que antes.

Cada cual lanzaba su grito: — ¡Paso, paso! — ¡Sed todos testigos! — ¡Yo soy! — ¡Allí va la muerte! — ¡Desdichado de mí! (Este lo dió uno á quien había faltado el tiro). — ¡Paso al barbero! (Era el rapabarbas de los soldados). — Otro lanzó esta singular invocación: — ¡A mi pintada! — que excitó la hilaridad en todos sus compañeros. Dijéronnos los intérpretes que quería decir: á mi amada, que es hermosa como si estuviese pintada: alabanza ó comparación verdaderamente extraña para gentes que no sólo miran con horror la pintura de figuras, sino que ni siquiera tienen de ella idea precisa. Los dos muchachuelos dieron una carga juntos, gritando: — ¡Paso á los hermanos! — y dispararon contra el



Marruecos.

*Lab-el-barode* (correr la pólvora) frente al campamento de la embajada italiana

suelo inclinando la cabeza hasta tocar casi el arzón de la silla.

De esta manera llegamos á las cercanías de la *casba* de Sidi-Hassen, en cuyo punto debía levantarse el campamento.

¡Pobre Hamed-ben-Kassen Buhamei! Hasta ahora sólo he hablado de él como de paso; pero acordándome de que aquella misma mañana le ví, no obstante su empleo de general del ejército del cherife, ayudando á la gente á clavar las estacas de la tienda del embajador, considero que ha llegado el momento oportuno para expresar todo lo profundo de mi admiración y gratitud. ¡Qué general de más buena pasta! Aquel día era, y todavía no había mandado apalearse ni á un soldado ni á un criado: jamás había podido leerse en su rostro que estuviese de mal humor: siempre había sido el primero en salir de la tienda y el último en acostarse: jamás había dejado descubrir, ni aun á los ojos más penetrantes, que su sueldo de cuarenta pesetas mensuales le pareciese sobrado mezquino: no tenía ni pizca de presunción: ayudábanos á montar: se enteraba por sí mismo de si las sillas estaban convenientemente cinchadas: sacudía un varazo, al pasar, á las mulas rezagadas: siempre estaba en todo y por todo: descansaba acurrucado como un simple muletero al lado de nuestra tienda: sonrefase cuantas veces nos veía sonreír: nos ofrecía el alcuzcuz: bailaba en un pie, á una simple mirada del embajador, como muñeco de resorte: rezaba sus oraciones de verdadero musulmán cinco veces al día: contaba los huevos de las *monas*: presidía el degüello de los carneros: miraba el álbum de los pintores sin dar muestras de escandalizarse, y era, en suma, en mi concepto, el hombre más á propósito que pudo elegir Su Majestad Imperial para aquella